

VIERNES VIII TIEMPO ORDINARIO

san Marcos 11, 11-26

Administradores de las gracias de Dios

“Llegaron a Jerusalén, entró en el templo y se puso a echar a los que traficaban allí, volcando las mesas de los cambistas y los puestos de los que vendían palomas. Y no consentía a nadie transportar objetos por el templo. Y los instruía, diciendo: - «¿No está escrito: “Mi casa se llamará casa de oración para todos los pueblos” Vosotros, en cambio, ¿la habéis convertido en cueva de bandidos?» Se enteraron los sumos sacerdotes y los escribas y, como le tenían miedo, porque todo el mundo estaba asombrado de su doctrina, buscaban una manera de acabar con él.” Cada vez que leemos o escuchamos un caso de algún sacerdote que ha sido infiel a su ministerio, por muy lejos que sea, nos da una pena enorme. Convertimos la casa de Dios en una casa de bandidos. No sé qué pasará por la cabeza y el corazón de los que hacen verdaderas atrocidades.

Comprendemos muy bien la debilidad humana. Pero cuando cada día un sacerdote tiene entre sus manos indignas al Señor en la Eucaristía, cuando contempla a unos centímetros la debilidad del Todopoderoso se compromete a cambiar de vida. Los sacerdotes sólo son un canal para la gracia de Dios, pero ese canal no puede ni enfangarse ni obstruirse.

“Que cada uno, con el don que ha recibido, se ponga al servicio de los demás, como buenos administradores de la múltiple gracia de Dios. El que toma la palabra, que hable palabra de Dios. El que se dedica al servicio, que lo haga en virtud del encargo recibido de Dios. Así, Dios será glorificado en todo, por medio de Jesucristo, a quien corresponden la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén” Por eso, cuesta entender a un sacerdote que celebra a diario la Santa Misa y traiciona gravemente su sacerdocio. Le pedimos a Dios por todos los sacerdotes, para que nunca se crean seguros, ni superhombres, ni dueños de nada. Que nunca piensen que todos tenemos que ser calvos y gorditos, y que el que más o el que menos es un pecador como cualquiera. Que jamás nos escudemos en los pecados de otros para justificar el nuestro y nunca trasmitamos el pesimismo de tantos que han desesperado de Dios. Los sacerdotes son administradores y tienen que hacer de la Iglesia casa de oración.

Que nuestra Madre la Virgen, Madre de los sacerdotes, ayude a todos en su Iglesia a transparentar a Cristo.